

CONTIENE ESTE TOMO LAS VIDAS

LISANDRO Y  
SILVIO  
GIMON Y  
LUCIO  
NICIAS Y  
MARCO CRASO  
SERATORIO Y  
RUMEN  
AURELIO  
ROMULO

# PARALELOS DE PLUTARCO,

## VIDAS COMPARADAS.



### LISANDRO.

El tesoro de los Acancios tiene en Delfos esta inscripcion: *Brasidas y los Acancios de los Atenien-ses*. Por esta causa piensan muchos que la estatua de piedra que hay dentro del templo junto á la puerta es de Brasidas, siendo así que es un retrato de Lisandro, con gran cabellera á la antigua, y con una barba muy crecida, pues no por haberse cortado el cabello los Argivos por luto despues de una gran derrota lo dejaron crecer los Esparciatas, tomando la contraria ensoberbecidos con la victoria, que es la opinion de algunos; ni tampoco adoptaron esta costumbre de usar cabello largo, á resulta de haberles parecido despreciables y feos los Baquiadas, que de Corinto se acogieron á Lacedemonia, por tener el cabello cortado; sino que esta fue tambien institucion de Licurgo; de quien se refiere haber dicho que el cabello á los hermosos les daba mas gracia, y á los feos los hacia mas terribles.

El padre de Lisandro Aristoclitto se dice que aunque no era de casa real, era del linage de los Heraclidas. Crióse Lisandro en la pobreza, y desde luego se mostró docil, como el que mas, á las instituciones de Esparta, valiente y domador de todos los placeres; á excepcion solamente de aquel que resulta al hombre de vencer, y de ser honrado por sus grandes hechos: porque no es en Esparta reprehensible el que los jóvenes se dejen dominar de

este placer, sino que quieren que desde el principio se sientan inflamados del deseo de gloria, entristeciéndose con las reprensiones, y engriéndose con las alabanzas; y al que lo ven imposible é inalterable en cuanto á estos sentimientos, teniéndole por indiferente á la virtud, y por desidioso, lo desprecian. Asi lo que habia en él de ambicion y de emulacion le quedó de la educacion patria, sin que en ello pudiera atribuirse gran parte á la naturaleza. Fue sí por caracter mas obsequiador de los poderosos, y mas acomodado á sufrir el ceño de la autoridad, cuando lo exigia el caso, de lo que convenia á un Esparciata; lo que sin embargo dicen algunos ser una parte muy principal de la política. Aristóteles cuando dice que los grandes ingenios son melancólicos, como el de Sócrates, el de Platon y el de Hércules, refiere que Lisandro no cayó en este afecto desde luego, sino cuando ya era anciano. Lo propio y peculiar de su índole fue el que supo llevar con gran espíritu la pobreza, no siendo nunca dominado ni corrompido por los intereses: asi es que con haber llenado su patria de riqueza y de la codicia de ella, no siendo ya admirada como antes de que no la tenia en admiracion, y haber introducido gran copia de oro y plata despues de la guerra de Atenas, no reservó para sí ni una sola dracma. Enviándole Dionisio el Tirano para sus hijas unas túnicas de mucho precio, de las que se usaban en Sicilia, no las quiso recibir, temiendo, decia, que con ellas habian de parecer mas feas. Con todo de allí á poco, habiendo sido enviado por embajador de su ciudad cerca del mismo Tirano, remitiéndole este dos estolas para que escogiése y llevase á su hija la que mas le agradara, respondió, ser mejor que ella misma eligiese, y se marchó llevándose las ambas.

Iba alargándose la guerra del Peloponeso, y des-

pues de las derrotas de los Atenieses en Sicilia se preveia al principio que decaerian del imperio del mar, y al cabo de bien poco que perderian del todo su poder; pero encargado Alcibiades de los negocios, revocado que fue su destierro, causando en todo una gran mudanza, los puso en estado de poder hacer frente en los combates navales. Concibiéndose pues miedo otra vez los Lacedemonios, é inflamados sin embargo del deseo de la guerra, necesitando un General hábil y poderosas prevenciones, confirieron á Lisandro el mando de la armada naval. Trasladado á Efeso, y hallando que la ciudad le era afecta, y sumamente adicta á la causa de los Lacedemonios, pero que se veia mortificada y en peligro de tornarse bárbara contrayendo las costumbres de los persas, por las continuas mezclas de unos con otros, por la proximidad de la Lidia, y porque los Generales del Rey por lo comun residian en ella; fijando él allí sus reales, y disponiendo que las naves de carga acudiesen de todas partes á aquel punto, llenó sus puertos de mercaderías, de negociaciones su plaza, y de riqueza sus casas y talleres: de manera que desde aquel tiempo tuvo ya por Lisandro la esperanza de la magnificencia y poder de que ahora disfruta.

Noticioso de que Ciro, hijo del Rey, venia á Sardis, subió á tratar con él, y á acusar á Tisafernes, de que aparentando dar auxilio á los Lacedemonios, y querer expeler del mar á los Atenieses, parecia sin embargo que ganado por Alcibiades habia perdido su actividad; y que con proveer á los gastos de la escuadra con escasez se proponia destruirla. Tenia deseo el mismo Ciro de encontrar en falta á Tisafernes, y de que se le hablara mal de él, porque le conceptuaba malo, y porque habia entre los dos particulares motivos de disgusto. Mirado Lisandro con aprecio por este motivo y por toda su

conducta, principalmente se atrajo con su obsequioso trato el afecto de aquel joven, al que confirmó en las ideas de guerra; y cuando ya estaba para retirarse, dándole Ciro un banquete, le encargó que de ningún modo desechara su disposicion á complacerle, sino que dijese y pidiese cuanto quisiera, porque en nada sería desatendido. Entonces Lisandro le salió al encuentro diciendo: pues que tal es, ó Ciro, tu buena voluntad, te pido y te exhorto á que añadas un óbolo al prest de los marineros, de manera que perciban cuatro óbolos en lugar de tres. Comoplacido Ciro con esta honrosa peticion, le entregó diez mil daricos, con los que aventajando en el óbolo á los marineros, y mejorando su condicion, en poco tiempo dejó vacías las naves de los enemigos; porque el mayor número se iba al que daba mas; y los que quedaban se volvian desidiosos é insubordinados, no dando sino disgustos á sus Generales. Mas aun con haber dejado tan solos á los enemigos, y haberles hecho tantos males, huía receloso de un combate naval, temiendo á Alcibiades, que sobre ser hombre activo, y tener mayores fuerzas, en cuantas batallas se habia encontrado hasta entonces por mar y por tierra en todas habia salido vencedor.

Sucedió á poco que haciendo Alcibiades viage á Focea desde Samos, y dejando con el mando de la armada á Antioco; este, como para insultar á Lisandro, se dirigió orgulloso con dos galeras al puerto de Efeso, pasando con arrogancia y con algarazara y burla por delante de la escuadra; de lo que irritado Lisandro, desde luego no despachó sino unas cuantas galeras en su persecucion; pero viendo que los Atenienses le daban auxilio de su parte, envió luego otras, y al fin vino á trabarse un combate naval, en el que venció Lisandro, y tomando quince galeras erigió un trofeo. El pueblo de la capital de Atenas, disgustado con este suceso, quitó el man-

do á Alcibiades, y como tambien los soldados que habia en Samos le denostasen é impropersasen, se retiró del campamento al Quersoneso. No fue esta batalla en sí misma de grande entidad; pero la fortuna le dió nombradía por causa de Alcibiades. Lisandro de su parte hizo concurrir á Efeso de las otras ciudades á aquellos sugetos que observó sobresalian en valor y prudencia; con lo que echó disimuladamente las primeras semillas de las innovaciones y mudanzas de gobierno, que introdujo mas adelante. Procuró pues excitarlos é inflamarlos á que formarían ligas y cofradías entre sí, y á que se aplicaran á los negocios, para que en el mismo momento de ser excluidos los Atenienses, quitaran el gobierno democrático, y mandaran ellos en su respectiva patria. Cumplió á su tiempo á cada uno de estos con obras la palabra que les habia dado, elevando á los que habia hecho sus amigos y huéspedes á los mayores honores, comisiones y mandos, sin reparar en ser él tambien injusto, y en cometer errores por servir á la codicia de ellos; de donde provino que todos le tenían consideracion, le obsequiaban y deseaban, con la esperanza de que podrian aspirar á las mayores cosas si él quedaba vencedor; por lo cual al principio vieron con disgusto que iba Calicrátidas á sucederle; y aun despues, cuando ya este habia dado pruebas de ser el hombre mas recto y justo, no estaban contentos con su modo de gobernar, que tenia mucho de la verdad y sencillez dorica; sino que admirando su virtud á la manera que la belleza de una estatua heroica, echaban menos la actividad de aquel, y buscaban su condescendencia con los amigos, y la utilidad que les provenia: así es que cuando partió se desconsolaron, y llegaron hasta derramar lágrimas.

Contribuía él tambien por su parte á indisponerlos todavia mas con Calicrátidas; y lo que res-

taba aun del dinero que Ciro le habia dado para la escuadra, lo volvió á remitir á Sardis, diciendo que el mismo Calicrátidas lo pidiese, ó viera de donde habia de sacar con que mantener á los soldados. Finalmente al estar para partir, tomó testigos de que entregaba la armada dueña del mar; mas queriendo aquel reprender su vana y presuntuosa ambicion, pues ¿por qué, le dijo, dejando á la izquierda á Samos, y navegando á Mileto, no me haces alli la entrega de la armada? puesto que si somos dueños del mar, en él no tenemos por que temer á los enemigos que se hallan en Samos; pero respondiéndole Lisandro que ya no tenia mando, sino que él era quien estaba encargado de la escuadra, tomó la vuelta del Peloponeso, dejando á Calicrátidas en el mayor apuro. Porque ni á su venida habia traído fondos de Esparta, ni le sufría su corazon recogerlos por fuerza de las ciudades que estaban infelices. No le quedaba pues otro recurso que ir, como Lisandro, á tocar las puertas de los Generales del Rey, y mendigarlos de ellos, para lo que era el menos á propósito del mundo; porque como hombre libre y de elevados pensamientos creia que cualquiera derrota de los Griegos era para la Grecia toda mas honrosa, que el adular y presentarse ante las puertas de unos bárbaros, que fuera de poseer mucho oro nada bueno tenian. Precicado sin embargo de la estrechez, subiendo á la Lidia, marchó en derechura á la casa de Ciro, y mandó decir que Calicrátidas, el Comandante de la escuadra, estaba alli, y queria hablarle; pero como uno de los que servian á la puerta le diese la respuesta de que Ciro no estaba entonces de vagar, porque bebia: pues nada malo hay en eso, le contestó, porque yo me esperaré aqui hasta que haya bebido. Parecióles á aquellos bárbaros que era un hombre muy inurbano, y como observase que se reian de él, se marchó. Volvió segunda vez á la

puerta; y no siendo admitido, incomodado de ello, marchó á Efeso, echando mil imprecaciones contra los primeros que fueron corrompidos con el lujo de los bárbaros, y que los enseñaron á ser insolentes á causa de su riqueza; y jurando ante los que se hallaban presentes, que apenas se viese en Esparta haria todo cuanto le fuese posible porque se reconciliaran entre sí los Griegos, y porque haciéndose temibles á los bárbaros, se dejaran de implorar la fuerza de estos unos contra otros.

Mas Calicrátidas, que pensaba de un modo digno de Esparta, y que competia en justicia, en magnanimidad y valor con los mas elevados varones de la Grecia, vencido al cabo de poco tiempo en el combate naval de Arginusas, perdió en él la vida; con lo que los negocios tomaron mal aspecto; y enviando los aliados Embajadores á Esparta, pidieron por Comandante de la armada á Lisandro, á causa de que mandando él concurririan con mejor voluntad á lo que fuese menester; y tambien Ciro les escribió con el propio objeto. Mas como hubiese una ley que no permitia que uno mismo mandase dos veces la armada, deseando los Lacedemonios dar gusto á los aliados, en la apariencia crearon General á un tal Araco; pero mandando á Lisandro de enviado en el nombre, en la realidad le hicieron el árbitro de todo; lo que se ejecutó asi muy segun el deseo de los que gobernaban y tenian el principal influjo en las ciudades: porque esperaban que todavía habian de adelantar por él en poder despues de disuelto el gobierno popular. Pero para los que gustaban mas de un modo de gobernar sencillo y generoso, comparado Lisandro con Calicrátidas, parecia astuto y solapado, usando en la guerra de diversas clases de engaños, y celebrando lo justo cuando iba unido con lo provechoso; mas si no, empleando lo util como si fuera honesto; porque no creia

que la verdad fuese por naturaleza preferible á la mentira, sino que por el provecho discernia el aprecio que habia de darse á una ú otra; y á los que le decian no ser digno de los descendientes de Hércules el hacer con engaños la guerra, los mandaba á pasear; diciendo que donde no alcanzaba la piel de leon, se habia de coser un poco de la de zorra.

Que era este su caracter se confirma con lo que se dice haber hecho en Mileto: porque habiendo prometido á sus amigos y huéspedes que les ayudaria á desatar la democracia, y desterrar á los contrarios; como aquellos hubiesen mudado de propósito, y reconciliándose con sus enemigos, lo que es públicamente, fingió que se holgaba mucho de ello, y tomaba parte en la reconciliacion; pero en secreto los reprendia y vituperaba, excitándolos á sobreponerse á la muchedumbre. Cuando ya tuvo noticia de la insurreccion, partió inmediatamente á auxiliarla, y entrando en la ciudad, á los primeros con quienes tropezó de los insurgentes los maltrató de palabra, y se les mostró irritado, como si hubiera de tomar venganza de ellos; y á los otros les inspiraba confianza, dándoles á entender que nada desagradable temieran mientras él estuviese allí: haciendo uso de estas ficciones y de estos diferentes papeles, con la mira de que no huyesen los demócratas y de mayor poder, sino que permaneciesen en la ciudad, para quitarles la vida, como efectivamente sucedió, porque perecieron todos cuantos se confiaron. Tambien nos ha conservado Andróclidas una expresion de Lisandro, que depone contra su indiferencia en materias de juramentos; porque segun dice era su opinion que á los niños se les habia de engañar con dados, y á los hombres con juramentos: tomando malamente por modelo un General á un Tirano, esto es Lisandro á Policrates de Samos: fuera de que no era muy Espartano, sobre

ser muy inicuo, el haberse mal así con los Dioses como con los enemigos: porque el que abusa para engañar del juramento, reconoce que teme á su enemigo, y que insulta á Dios.

Llamó Ciro á Sardis á Lisandro, y dándole diferentes cosas, le prometió otras, diciendo con ardor juvenil en su obsequio, que aun cuando nada diera su padre, pondria en mano de Lisandro cuanto á él le pertenecia; y á falta de todo se desharía del trono en que daba audiencia, que era todo de oro y plata. Finalmente que subiendo á la Media trataria con el padre de que aquel recogiese los tributos de las ciudades, para lo que le hacia entrega de su autoridad. Despidiéronse, y rogándole que no combatiera con los Atenieses antes que él volviese, porque volveria trayendo muchas naves de la Fenicia y la Cilicia, subió adonde estaba el padre. Lisandro no pudiendo combatir ni aun con iguales fuerzas, ni tampoco estarse sin hacer nada con tan gran número de naves, dando la vela, atrajo á algunas de las islas; y á Egina y Salamina, penetrando en ellas, las taló. Subiendo despues al Atica, pasó á saludar á Agis, bajando para esto desde Decelia, é hizo ante el ejército de tierra, que allí se hallaba, ostentacion de sus fuerzas navales, como que podia por mar aun mas de lo que queria; y con todo como los Atenieses fuesen en su persecucion, huyó por medio de las islas apresuradamente al Asia; donde hallando desamparado el Helesponto, acometió él mismo desde el mar con las naves á Lamsaco; y Torax, acudiendo tambien con las tropas de tierra al mismo punto, combatió las murallas, con lo que tomó la ciudad á viva fuerza, permitiendo á los soldados que la saqueasen. Hacia vela á la sazón la armada de los Atenieses, fuerte de ciento y ochenta galeras, á Eleunte del Quersoneso; pero con la noticia de haberse perdido Lamsaco, tomaron al punto

rumbo para Sesto; y provistos allí de víveres se dirigieron á Egospotamos enfrente de los enemigos, que todavía estaban surtos en Lansaco. Eran Generales de los Atenieses varios otros, y Filocles, aquel que antes había persuadido al pueblo que se hiciera ley para que se cortara el dedo pulgar de la mano derecha á los que se cautivasen en la guerra, á fin de que no pudieran llevar la lanza, pero sí manejar el remo.

Nada hicieron por entonces ni unos ni otros, esperando que al día siguiente se combatirían las escuadras; pero muy distinto era el pensamiento de Lisandro; el cual sin embargo dió orden á los marineros y pilotos, como si al otro día al amanecer se hubiera de pelear, de que montasen las galeras, y esperasen en formación y con silencio la disposición que se les comunicase; y de la misma manera mandó que el ejército de tierra aguardara igualmente sin moverse. Al salir el sol los Atenieses se presentaron de frente provocándolos con todas sus naves; y él con tener las suyas en orden y bien tripuladas desde la noche, no se hizo al mar; y antes por sus edecanes envió avisos á las naves principales para que permanecieran en su puesto, sin inquietarse ni salir contra los enemigos. Hubiéronse de retirar ya al oscurecer los Atenieses; y él sin embargo no permitió á los soldados desembarcarse sin haber despachado antes de exploradoras dos ó tres galeras, y haber vuelto estas con la noticia de que habían visto saltar en tierra á los enemigos. Ejecutóse enteramente lo mismo el día siguiente, y el tercero y el cuarto: de manera que los Atenieses concibieron la mayor confianza, y empezaron á mirar con desprecio á los enemigos, como que les temían y les habían cobrado miedo. En tanto Alcibiades, que se hallaba todavía en el Quersoneso detenido en una de sus plazas, marchando á caballo al ejército de los

Atenienses, increpó á los Generales primeramente de haber anclado en una costa mal segura y abierta, y en segundo lugar de que hacían mal en ir lejos á tomar las provisiones de Sesto, cuando les convenía no apartarse mucho de esta ciudad y su puerto, manteniéndose á distancia de unos enemigos que estaban á las órdenes de un hombre solo, obediéndole en todo por miedo á la menor señal. Estas lecciones les daba; mas ellos no le prestaron oídos, y aun Tideo lo despidió con enfado, diciéndole que no era Alcibiades, sino otros los que mandaban.

Separóse pues de ellos Alcibiades, no sin alguna sospecha de que eran traidores á su patria. Hicieron los Atenieses al quinto día su navegacion y retirada segun costumbre, con gran desden y desprecio; y Lisandro, al enviar las naves exploradoras, encargó á los capitanes que inmediatamente despues de haber visto desembarcarse á los Atenieses, se apresurasen á volver, y al estar en medio de la travesía levantasen en alto por la proa un escudo de bronce en señal de que debían hacerse á la vela. En tanto convocaba á los pilotos y Capitanes y los exhortaba á que cada uno tuviese á bordo y en orden á todos los individuos de la marinería y tripulacion, y á la primera señal moviesen aceleradamente contra los enemigos. Luego que de las naves se levantó en alto el escudo, y se dió de la capitana la señal con la trompeta, salieron al mar las naves, y el ejército de tierra marchó por la costa hácia el promontorio; y siendo la distancia que había entre ambos continentes de quince estadios, con la diligencia y ardor de los remeros en breves instantes fue vencida. Conon fue el primero de los Generales Atenieses que divisó en el mar la escuadra, é inmediatamente esforzó la voz para que se embarcaran; y sintiendo ya el mal que les había sobrevenido, convocaba á unos, rogaba á otros, y á otros los obligaba á tripular las

naves; pero toda su diligencia era en vano, estando la gente dispersa; pues luego que saltaron en tierra unos habian marchado á tomar víveres, otros andaban divertidos, y otros dormian en las tiendas muy distantes todos de aquel apuro y menester por impericia de sus Generales. Cuando ya los enemigos estaban encima con grande gritaría y alboroto, Conon se hizo á la vela con ocho naves, y se retiró á Chipre al amparo de Evagoras; pero cargando sobre las demas los del Peloponeso, de ellas tomaron unas enteramente vacías, y desbarataron otras que ya estaban tripuladas. De la gente unos murieron cerca de las naves cuando desarmados corrian á defenderlas, y otros recibieron la muerte mientras huian por tierra, desembarcándose al efecto los enemigos. Tomó Lisandro cautivos á tres mil hombres, incluso los Generales y la armada entera, á excepcion de la galera de Paralo y las que Conon llevó consigo. Amarradas pues las naves y saqueado el campamento, navegó al son de las trompetas y entonando canciones triunfales la vuelta de Lamsaco; habiendo ejecutado con el menor trabajo la mayor hazaña, y abreviado en una hora sola un tiempo muy dilatado, por haber terminado en ella de un modo increíble la guerra mas encarnizada y de mas varios casos de fortuna entre cuantas la habian precedido; la cual, despues de una indecible alternativa de sucesos y de la pérdida de mas Generales que los que fallecieron en todas las demas guerras de la Grecia, fue de este modo fenecida por el tino y habilidad de un hombre solo: asi es que esta hazaña fue calificada de divina.

Hubo algunos que dijeron haber visto, al punto mismo de salir contra los enemigos la nave de Lisandro, brillar de una y otra parte sobre el timon de ella la constelacion de los Dióscuros con grandes resplandores; y otros afirman que la caída de la pie-

dra fue señal de este acontecimiento, porque, como es opinion comun, cayó del cielo hácia Egospotamos una piedra de gran tamaño, la que muestran todavía en el día de hoy, siendo tenida en veneracion por los del Quersoneso. Refiérese haber predicho Anaxagoras, que verificándose algun desnivel ó alguna conmocion de los cuerpos que estan sujetos en el cielo, habria rompimiento y caída de uno que se desprendiese, y que no está cada una de las estrellas en el lugar en que apareció; porque siendo por su naturaleza pedregosas y pesadas, resplandecen por reflejo y refraccion del aire, y son arrebatadas por el poder y fuerza de la esfera donde estan sujetas; como lo quedaron en un principio para no caerse acá, cuando lo frio y pesado se separó de los demas seres. Pero hay otra opinion mas probable de los que afirman que las estrellas que caen, no son corrimiento ó destruccion del fuego etéreo que se apaga en el aire al mismo encenderse; ni tampoco incendio y resplandor del aire, que inflamándose asciende por su gran copia á la región superior, sino desprendimiento y caída de los cuerpos celestes, como por ceder y perder su fuerza el movimiento de rotacion á causa de estremecimientos; los que no los llevan á puntos habitados de la tierra, sino que muchos van á caer al gran mar, por lo que despues no aparecen. Mas con el dicho de Anaxagoras conforma la relacion de Damaco, quien en su tratado de *la piedad* expresa que antes de caer la piedra por setenta y cinco dias continuos se observó en el cielo un cuerpo encendido de gran magnitud á manera de nube de fuego, no quieto, sino movido en diferentes giros y direcciones; el cual siendo llevado de una parte á otra, con la agitacion y el mismo movimiento se partió en pedazos tambien encendidos, y que centelleaban como las estrellas que caen. Luego que cayó en aquel punto, y que los naturales se re-

cobraron del miedo y sobresalto, acudieron á él, y no encontraron de fuego ni una señal siquiera, sino una piedra tendida en el suelo, grande sí, pero que no conservaba ni la mas pequeña parte de aquella circunferencia que apareció inflamada. Es bien claro que necesita Damaco lectores demasiado indulgentes; pero si su relacion es cierta, convence con bastante fuerza á los que sostienen haber sido aquella una piedra, que arrancada de alguna elevacion por los vientos y los huracanes, se mantuvo y fue llevada en el aire como los torbellinos, hasta que se desplomó y cayó en el momento que cedió y aflojó la fuerza que la tenia elevada: á no ser que realmente fuese fuego lo que se vió por muchos días, y que de su extincion y destruccion resultasen vientos y agitaciones fuertes que despues hiciesen caer la piedra. Pero estos objetos son mas bien para tratados en otra especie de escritos.

Lisandro, despues que en consejo fueron condenados á muerte los tres mil Atenienses que había tomado cautivos, hizo llamar al General Filocles, y le preguntó ¿qué sentencia pronunciaba contra sí mismo, que tales consejos había dado á sus conciudadanos contra los Griegos? Mas este, sin mostrar abatimiento ninguno en aquel trance, le contestó que era en vano acusar por cosas de que ninguno era juez competente; y que como vencedor mandara ejecutar lo que vencido habría tenido que sufrir. Lavóse despues, y vistiéndose un rico manto, se puso al frente de sus conciudadanos para ser llevado á la matanza segun escribe Teofrasto. Recorrió luego Lisandro las ciudades, y cuantos Atenienses encontraba á todos les intimaba que marchasen á Atenas, porque no tendria indulgencia con ninguno, sino que haria dar la muerte á cuantos hallase fuera de la ciudad; lo que ejecutaba enviándolos á todos á la capital, porque era su ánimo que en ella hubiese

una grande hambre y carestia, para que no le diesen mucho que hacer con el cerco, sufriendole en la abundancia. Disolvió pues las democracias y demas gobiernos, y en cada ciudad dejó un gobernador Lacedemonio y diez magistrados tomados de las Cofradías que á su orden se habían establecido; lo que ejecutó, igualmente que en las ciudades enemigas, en las aliadas; y libre con esto de cuidados, volvió al mar, habiendo adquirido para sí en cierta manera la comandancia de toda la Grecia. Porque no tomaba los magistrados ni de la clase de los nobles, ni de la de los ricos; sino que todo lo hacia en obsequio de sus amigos y sus huéspedes, constituyéndolos árbitros de las recompensas y de los castigos; con lo que, y prestarse él mismo á los asesinatos que aquellos ejecutaban, y á desterrar á los contrarios de sus enemigos, no dió la mas favorable idea del mando de los Lacedemonios. Así debe entenderse que chocheaba el historiador Teopompo cuando comparó á los Lacedemonios con los taberneros, por cuanto habiendo dado á los Griegos á probar la excelente bebida de la libertad, luego les habían echado vinagre; pues que desde luego fue muy desabrida y amarga su bebida, no permitiendo Lisandro que los pueblos fuesen independientes en sus negocios, y poniendo las ciudades en manos de unos cuantos, y estos los mas atrevidos é insolentes.

Habiendo gastado bien corto tiempo en estas cosas y despachado á Lacedemonia quien anunciase que venia con doscientas naves, en las costas del Atica se juntó con los Reyes Agis y Pausanias, con el propósito de tomar sin dilacion la ciudad; mas como los Atenienses se defendiesen, vuelto á las naves, pasó otra vez al Asia, y en todas las ciudades sin distincion anuló los gobiernos que tenían y estableció los decemviros, con muerte en cada una de muchos y con fuga de otros tantos. En la isla de Samos,